
DIA TREINTA Y UNO ⁽¹⁾.

I.

MARÍA EN LA MUERTE DE JESÚS.

Jesus dixit: consumatum est. Et inclinato capite tradidit spiritum.

Jesús dijo: todo está cumplido. E inclinando la cabeza, entregó su espíritu.

(JOAN. XIX, 30).

No hay escena más sublime y terriblemente espantosa en el inmenso teatro de la naturaleza, que el mar en tiempo de tempestad. ¡Mirad! El cielo está sereno, plácidas las auras y las olas tranquilas: todo es luz, armonía y júbilo que arrebatara el corazón. Cuando hé aquí que de repente oscurecese el Cielo, desencadenanse furiosos los vientos, y aquel mar, poco ántes tan quieto y delicioso, se agita desde los abismos; sus olas se levantan con tremendo fragor hasta las estrellas, y precipitándose furiosas unas sobre otras, hacen temblar el suelo hasta á larga distancia, como si el cielo se mezclase con la tierra, y se deshiciera el universo. ¡Algo de semejante á esta escena, tiene, hermanos míos, la captura, la sentencia de muerte y la bárbara crucifixión del Hijo de Dios! Vosotros, que llenos de compasión, y oprimidos de terror habeis contemplado las primeras escenas de esta tragedia, preparaos para escuchar hoy su cumplimiento; en el cual admirareis más que nunca la excelsa virtud de nuestra afligida y dulcísima Madre María; de esta magnánima Mujer, que, abismada en un océano de dolor, se nos presenta sobre el Gólgota como rayo de luminosa estrella en medio de una noche tempestuosa, y parece que el corazón se siente aliviado al ver el cumplimiento de aquel inefable

(1) Este tomo contiene treinta y tres discursos, siendo así que el mes de Mayo solo cuenta treinta y un días. Ya entenderán nuestros lectores, que en aquel número van comprendidos el primer discurso, llamado de preparación, que suele hacerse el día 30 de Abril, y el otro de conclusión para el día 1.º de Junio.

prodigio de caridad divina que nos redimió y salvó á todos; prodigio inefable de caridad en medio de tanta y tan enorme maldad, que sería increíble, si la historia no nos hubiera conservado su lúgubre imágen con tan vivos colores, que será siempre el terror del sentimiento humano. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Dejamos á la divina Madre al pié de la cruz, en agonía con su dulce Jesús, y rogando por la salvación universal; al paso que la turba de los malvados que le había crucificado, le blasfemaban con el escarnio en la boca y el odio más feroz en el corazón. Pero cesó su diabólico alborozo cuando, condensándose las tinieblas que habían empezado á cubrir el Calvario, empezó á caer fría escarcha; y las águilas vagaron furiosas acá y acullá en busca de su nido nocturno; los chacales aullaron á orillas del Cedron; y el Calvario, ya de suyo triste, tomó un aspecto tal, que llenaba el alma de terror! Y en efecto, el pueblo, estupefacto y aterrado á la vista de aquel fenómeno extraordinario, se recogió tembloroso en silencio, no sabiendo lo que iba á suceder. Al mismo tiempo, á través del oscuro velo del firmamento, aparecieron las estrellas, no brillantes, como de ordinario, sino pálidas y apagadas cual fúnebres antorchas encendidas alrededor de un féretro, arrojando sobre el teatro de los deicidas una luz verdosa y terrible, que daba á los rostros de todos los espectadores, agrupados aquí y allá sobre el Gihon, cierto color como de demonios. Pálidos y desvanecidos mirábanse unos á otros, procurando darse cuenta de aquel hecho por causas naturales: pero los más ancianos, herederos de las tradiciones de sus mayores, y los doctos que conocían la presente posición de los planetas en el firmamento, sacudiendo su anciana frente, decían no haber visto ni oído jamás tales eclipses; y que aquel era una señal terrible y milagrosa de ira celestial (1).

Ahora, volviendo á María, vémosla donde la dejamos en compañía de Juan, la Magdalena y otras piadosas mujeres que allí se habían congregado, firme al pié de la cruz. Y fué entonces que las moribundas miradas de Jesús encontráronse con las de la Madre, la cual había llegado al colmo de la desolación, y en cuya santísima alma descubrió un abismo de dolor. Notó que el alma de María sufría todos los dolores, todas las injurias y todos los afanes que Él sentía, y hasta su misma agonía. ¡Qué terrible momento fué este para la Madre y para el Hijo! dos agonías, dos muertes sufría la Madre: la suya y la de su Hijo; y dos agonías y dos muertes sufría entonces Jesús: la

(1) Rosely de Lorgues, *Le Christ devant le siècle*, etc

propia y la de su Madre; dos agonías y dos muertes amarguísimas é indescribibles. ¡Ah! sí; los dolores del uno y de la otra fueron dolores indescribibles y que no pueden imaginarse: los mismos Angeles del Cielo no podrían explicarlos. ¡Estupendísimos misterios cumplíanse en aquel momento de supremo dolor del Hijo y de la Madre! Jesús, ya lo sabeis, se había ofrecido á la justicia de su divino Padre como víctima de expiacion universal, y consumaba su sacrificio; y María, su Madre, que junto á la cruz asistía á su agonía y extrema desolacion, nos dice que había subido á la cumbre de aquel monte para demostrar á todos los hombres, que consentía en el heroico acto de su Hijo, y el ardiente deseo que con Él tenía de la salvacion del linaje humano, para la cual su Hijo se había ofrecido á la misma justicia celestial. ¡Oh, hermanos míos! ¡Y quién de vosotros no se conmovió á la vista de tanto prodigio de caridad del Hijo y de la Madre?

Entonces Jesús, sintiendo que iba á consumarse el sacrificio, le manifestó su última voluntad. Estaba en pié, y al lado de Ella, el representante del Colegio apostólico sobre el Gólgota, Juan; y Jesús, mirando á la Madre con toda la expresion del afecto de que era capaz su alma divina: «Mujer, le dijo, hé aquí tu hijo;» y á Juan: «Hé aquí tu Madre (1)!» ¡Oh hermanos míos! Con estas palabras Jesús confiaba al maternal corazon de María la naciente familia, que Él se había formado; y daba á entender á esta familia, que desde entonces, para en adelante, debería amar y honrar como á propia Madre la Madre que Él la dejaba. ¡Oh feliz suerte la nuestra! Somos, pues, hijos de la Virgen, por expresa y declarada voluntad de Dios; y, por consiguiente, verdaderos hermanos del Hijo de Dios; sus verdaderos hermanos, y verdaderos hijos de su divina Madre María. ¡Oh feliz suerte la nuestra! oh misterio de caridad inefable, capaz de enternecer aún á las mismas piedras! El Evangelio no dice, hermanos míos, que Ella respondiera con formales palabras; pero respondió con el corazon; y quedó inmóvil en su puesto, traspasada por aquella espada de dolor que Simeon le había profetizado. Y nosotros ¿qué respondemos á Jesús, que nos manda amarla y reverenciarla como á nuestra Madre, para que, de algun modo, sea recompensada por nuestro amor de la pérdida que sufre del fruto dulce y santísimo de sus entrañas? O más bien; ¿de qué modo hemos correspondido hasta aquí?

Mientras que Jesús hablaba con la Madre, estaba ya á punto de espirar. Notadlo, pues, bien, hermanos míos; Jesús llegó á la muerte sa-

(1) JOAN. XIX. 27 y 28.

bedor y dueño de sí, de sus actos, de sus sentimientos, y Señor de la misma muerte, de la cual contaba, por decirlo así, los golpes que descargaba contra su cuerpo y los pasos que adelantaba. No era, por tanto, un simple hombre, sinó verdadero hombre y verdadero Hijo de Dios. Y por esta razon, con la misma plena conciencia y señorío de sí, habló todavía cuatro veces más. La primera, mientras abrasándose de sed, dijo: «¡Tengo sed!» La segunda, cuando, do- liéndose con su Padre, de que le hubiera abandonado por el enorme cúmulo de pecados de los cuales había salido fiador, y expiaba en lugar de aquellos que los habían cometido, exclamó: «¡Dios mio! Dios mio! ¿por qué me has abandonado?» La tercera, cuando los soldados que estaban sentados junto á la cruz, presentándole una esponja embebida en vinagre colocada en la punta de una caña de hisopo, se dijo á sí mismo: «Todo está consumado.» Finalmente la cuarta, cuando dirigiéndose á su Padre, clamó con una voz grande: «¡Padre! en tus manos encomiendo mi espíritu!» É inclinada la cabeza, espiró.

Toda la naturaleza se sobresalta, como un carro cuyas ruedas quedan de improviso sujetadas. La tierra tiembla: las rocas se parten, las sepulturas se abren, los cadáveres salen fuera; y el velo del Templo se rasga en dos partes de arriba abajo. ¿Y María? ¡Ah! la dulce Madre permanece firme al pié de la cruz, con los ojos fijos en su amado Hijo, al cual continuaba ofreciendo por nuestra salvacion! ¡Oh Mujer sublime y divina! ¿qué lengua podrá jamás celebrar tu virtud, y qué corazon mostrarte digna correspondencia por semejante heroismo? Entre tanto, muchos de los que habían presenciado el atroz deicidio, empezaron á reflexionar seriamente sobre el terrible delito de la muerte del inocente, que la iniquidad había matado tan bárbaramente. El mismo Centurion que mandaba la escolta de los legionarios, se espantó profundamente, y exclamó: «Verdaderamente, este era Hijo de Dios (1)!» Y lo mismo sus soldados, los cuales bajaron del monte golpeándose el pecho, y llorando el enorme delito cometido. Sin embargo, hermanos míos, esos soldados habian, sin duda, visto otras muertes violentas, y todas las formas que la muerte puede presentar, y otros desconciertos de la creacion. Luego, en la muerte de Jesús vieron algo que no habian visto nunca, y sintieron en el fondo de su alma un sacudimiento, que les reveló claramente la divinidad del Crucificado. En medio de tanta confusion y terror, solo una Mujer permanece firme, y sin experimentar el uni-

(1) MATTH. XXVII, 54.

versal espanto, y esta Mujer con las manos juntas, ruega al pié de la cruz: las mujeres de Jerusalem no se cansan de contemplar aquel acto piadoso y sublime: « ¡Pobre madre! » exclamaban derramando lágrimas de compasion. Sí, por cierto, ¡ pobre Madre! pero al mismo tiempo, mostrábase Madre y Mujer divina.

¡ Ah! ¿quién vió jamás espectáculo semejante al del Gólgota? ¿Qué negra ingratitud por parte de los hombres! qué benignidad y misericordia sin límites por parte de Dios! Allí se oyen escarnios, insultos y maldiciones! Allí se ve un heroismo inaudito en la victima generosa y magnánima, que espirando pone el sello á la obra solemne de la Redencion humana; y á sus piés María, que, recogiendo su último suspiro, fecunda en su corazon generoso los sentidos y los motivos de la Maternidad que adquiere de todo el género humano. ¡ Oh amorosa é inocente oveja! Tú no te alejaste un solo instante del terrible sacrificio; ni aún cuando el inocente cordero, tu Hijo, daba los últimos latidos, y entregaba, por fin, su afligido espíritu en las manos de su Padre! Tampoco le abandonaste despues, sinó que, lacerado, cubierto de llagas, de ignominias y de sangre, te lo acomodaste en tu regazo para proteger el cadáver y procurarle sepultura. ¡ Oh Mujer magnánima y sublime! Tu Nombre, con el de tu Hijo, será el honor y la gloria de todas las generaciones futuras. El Nombre tuyo con el de tu Hijo, comprende en sí la historia de todos los prodigios de la divina misericordia; Nombre que es sello de la justicia y del amor; Nombre que da á comprender á todos los hombres la inextinguible vena de tu caridad hácia tus nuevos hijos. Y, en efecto, ¿con qué ansiedad no nos acogió Ella, hermanos míos, como hijos adoptivos en la cumbre del Gólgota? ¡ Ah! sí; tomando entre sus brazos al muerto Jesús, del modo que la pérdida nacion le habia reducido, tomó con Él á todos nosotros, cargados de pecados, que habian sido la causa de aquella catástrofe, para regenerarnos en la sangre de su Hijo, y hacernos dignos de su amor. Ahora, pues, ¿qué enorme delito no fuera el nuestro, si acogidos y amparados en aquel dulcísimo seno, continuásemos insultándole y desgarrándole? Si queda en nosotros siquiera un átomo de razon ó germen de delicado sentimiento de hijos, meditemos el martirio que le causaron nuestras culpas, y no queramos renovar lo nunca jamás.

¡ Oh María, afigidísima y dulcísima Madre nuestra! ¡ ay! ten piedad de nosotros, que, crueles, te hicimos sufrir, lo mismo que á tu Hijo, tan terribles tormentos! Hoy ¡ oh Madre! es día de perdon. Acepta, pues, las lágrimas de nuestro arrepentimiento, y no olvides que tambien en nosotros se ha verificado lo que dijo Jesús, esto es;

que al obrar el mal que hemos cometido hasta aquí, no sabíamos lo que hacíamos. Ahora que, por la divina gracia, lo conocemos, lo detestamos con toda sinceridad; y detestándolo, prometemos querer vivir y morir como verdaderos hijos suyos y tuyos en tu santo amor. Así SEA.

DIA TREINTA Y UNO.

II.

RESURRECCION DE JESÚS, Y ÚLTIMOS AÑOS DE MARÍA.

Jesum queritis Nazarenum, crucifixum surrexit, non est hic.

Venis á buscar á Jesús Nazareno, que fué crucificado: ya resucitó, no está aquí.

(MAR. XVI, 6.)

Jesús, pues, murió, segun visteis, entre el terror del Cielo y de la tierra, y asistido, únicamente, por su magnánima y dulce madre María. Pendía muerto de la cruz en el Gólgota á vista de todo el universo por las culpas de todos nosotros. ¡ Hé ahí, hermanos míos, donde, despues de tantos siglos, vino á descargarse aquel cúmulo de males acarreados por el primer pecado: sobre este generoso inocente, el solo inculpable, y que no merecía la suerte comun! En Él fueron castigados nuestros delitos; todos nuestros delitos: aquellos que nosotros tenemos en nada, pero que dieron muerte al Hijo de Dios, aquella muerte horrible que ya hemos contemplado. Esa catástrofe aplastó á Jerusalem; prueba solemne de la iniquidad que habia cometido. ¡ Ah! sí; á su feroz alborozo siguió el triste silencio que nace del terrible remordimiento luego que se ha cometido un infame delito; por eso no parecía ya la ciudad, que poco ántes se vanagloriaba